

## **GUEVARISMO Y GUERRA POPULAR PROLONGADA EN EL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES-EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO (PRT-ERP)**

**Vera Carnovale \***

### **RESUMEN**

El artículo analiza el problema del llamado “proceso de militarización” en el PRT-ERP. Cuestionando aquellas interpretaciones que presentan los términos ‘violencia’ y ‘política’ como excluyentes y que atribuyen a las ‘desviaciones’ partidarias la causa de la militarización, la autora concluye que el accionar político y militar del PRT-ERP fue la consecuencia inevitable de la conjunción del modelo de guerra popular prolongada y el legado Guevarista.

### **ABSTRACT**

This paper analyses the problem known as ‘the militarization processes’ in PRT-ERP (Worker’s Revolutionary Party–People’s Revolutionary Army). While questioning some views that present the terms ‘violence’ and ‘politics’ as incompatible and that also explain the causes of militarization as political parties’ deviations, the author concludes that the political and military actions by PRT-ERP was the inevitable consequence of a amalgamation between the ‘long-lasting popular war’ and the Guevarism legacy.

### **CLAVES**

Guerrilla, militarización, guevarismo, maoísmo, guerra revolucionaria.

### **KEY WORDS**

Armed struggle, militarization, guevarism, maoism, revolutionary struggle.

---

\* Universidad de Buenos Aires.

## INTRODUCCIÓN

El Partido Revolucionario de los Trabajadores fue fundado en 1965 a partir de la confluencia entre el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), movimiento indoamericanista liderado por Mario Roberto Santucho, y Palabra Obrera, agrupación trotskista liderada por Nahuel Moreno. En 1968, en vísperas de la realización de su IV Congreso, un grupo de militantes identificados con Nahuel Moreno se escindió. Por su parte, los militantes identificados con las posturas de Mario R. Santucho asumieron el nombre de PRT-El Combatiente (en adelante PRT), denominación claramente alusiva a la decisión de este último grupo de iniciar en lo inmediato la lucha armada como parte de su estrategia para la toma del poder (tema central, éste, de las disputas que determinaron la fractura de la corriente morenista).

A mediados de 1970 el PRT celebró su V Congreso y allí dio carta de fundación al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). A partir de entonces —y hasta su derrota definitiva en 1977— el PRT-ERP llevaría adelante una intensa y variada actividad política y militar que lo erigiría como la organización de la izquierda revolucionaria de mayor incidencia en el escenario político nacional fuera del peronismo y la más activa militarmente.

Si bien desde su propio surgimiento, adscribiendo al modelo leninista de organización, el PRT se postuló como partido clandestino de cuadros, estimuló, a su vez, la formación de distin-

tos “frentes” —expresiones legales de sus alianzas y acuerdos con diversas agrupaciones políticas, gremiales y sociales así como con dirigentes independientes— con el objetivo de canalizar y orientar la movilización popular y alcanzar una mayor gravitación en la arena política nacional. Al mismo tiempo, el PRT-ERP mantuvo una intensa actividad de “agitación y propaganda”, tanto a través de las tradicionales “volanteadas” en puertas de fábricas, facultades o barrios, como a través de su propia prensa que editó con sobresaltada pero importante regularidad.

Por otro lado, habiendo incorporado la lucha armada como estrategia para la toma del poder, el PRT-ERP realizó una gran cantidad de acciones militares de diversa envergadura, naturaleza y suerte: desarmes a policías, ataques a comisarías, “expropiaciones” (de vehículos, de dinero, de alimentos) repartos de bienes de primera necesidad en barrios pobres, “ajusticiamientos” de represores y empresarios, secuestros extorsivos, atentados con explosivos, entre otras. Menos numerosos pero de mayor repercusión fueron los ataques a cuarteles y guarniciones militares (registrándose un total de siete entre febrero de 1973 y diciembre de 1975).

Finalmente, a comienzos de 1974, el PRT-ERP estableció un frente militar en la provincia de Tucumán, la “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez”, que sería prácticamente aniquilado hacia 1976.

Cualquier recorrido por la historia del PRT-ERP no puede dejar de lado ni

la dimensión de su crecimiento interno y de su gravitación en el escenario político nacional ni la contundencia irrefutable de su derrota. Si nos remontamos a los orígenes de la organización en 1965 nos encontramos con dos pequeñas organizaciones de escasa influencia político-social (influencia por lo demás muy limitada geográficamente) y que no alcanzaban los 300 integrantes. Aún cinco años después, encontramos que fueron alrededor de 30 delegados en representación de un total de 200 ó 250 militantes en todo el país quienes en el V Congreso partidario aprobaron la fundación del ERP. Hacia 1975, el panorama pareciera haber sido otro: María Seoane estimó que, hacia ese año, el PRT-ERP contaba con 600 militantes, 2.000 simpatizantes activos y un área de influencia de más 20.000 adherentes<sup>1</sup>. Por su parte, Pablo Pozzi ha ofrecido, para el mismo año (que considera como el de punto máximo del desarrollo partidario) la cifra de entre 5.000 y 6.000 militantes y aspirantes<sup>2</sup>. También para la misma fecha, había logrado alcanzar una presencia orgánica en prácticamente todas las ciudades del país y, más importante aún desde sus propios objetivos, constataba un crecimiento pobre pero sostenido entre los trabajadores industriales.

Paradójicamente, 1975 es también el año que marca el comienzo del fin, de un fin tan vertiginoso como definitivo. El recrudecimiento del accionar represivo legal e ilegal asestaba golpes

cada vez más duros a la organización. Mientras la militancia perretista se encontraba cada vez más asediada en las ciudades —con el consecuente saldo de muertos, prisioneros y desaparecidos—, en Tucumán, la Compañía de Monte, cercada por las tropas del Ejército Nacional, comenzaba su errático sangrado de desventuras. Y al tiempo que el PRT-ERP anunciaba con certera clarividencia que aquello era el preanuncio de una represión sanguinaria sin precedentes, emprendía la acción armada de mayor envergadura hasta entonces: el ataque al cuartel de Monte Chingolo, en diciembre de 1975. El frustrado ataque dejó un saldo de más de 80 guerrilleros muertos o desaparecidos.

Tres meses después, el 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas encabezaban el último golpe de Estado de la historia argentina. Mientras ese miércoles amplios sectores de la población escuchaban con alivio el primer comunicado de la Junta Militar, Santucho escribía la editorial de *El Combatiente* (órgano de difusión del PRT) desde cuya tapa alentaba “¡ARGENTINOS A LAS ARMAS!”<sup>3</sup>. Una semana más tarde, la última reunión del Comité Central partidario era sorprendida por las fuerzas policiales y una docena de cuadros perdían allí la vida. Finalmente, la misma suerte correrían los más destacados miembros de la dirección partidaria (Mario Roberto Santucho, Domingo Menna y Benito Urteaga) el 19 de julio

1 María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho* (Buenos Aires, Ed. Planeta, 1991), 242.

2 Pablo Pozzi, *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista* (Buenos Aires, Eudeba, 2001), 23.

3 *El Combatiente* N° 210, 31 de marzo de 1976.

de 1976. Lo que siguió fue la historia de una agonía.

Tras la derrota, los balances de dirigentes y militantes dieron lugar a un conjunto bastante homogéneo de críticas de lo que había sido la actuación del PRT-ERP. Estas críticas, bastante extendidas en el campo de los estudios sobre el pasado reciente, se concentran en determinados posicionamientos políticos y prácticas de la organización que estarían evidenciando un “proceso de militarización”. La determinación de continuar la lucha armada durante el gobierno constitucional de Héctor Cámpora (1973) y la intensificación del accionar militar, fundamentalmente a partir de 1974, serían tan sólo los ejemplos más destacados de aquel proceso. En añadidura, la “militarización” –junto a la incapacidad partidaria para prever el “reflujo de masas” que tuviera lugar tras las movilizaciones obreras de julio de 1975– estaría en la base de un progresivo “aislamiento” político de la organización. Una suerte de “subestimación del enemigo”, conjugada con la ferocidad criminal e inesperada de las fuerzas represivas, habrían hecho el resto.

Ahora bien ¿a qué se debió ese “proceso de militarización”? ¿Cuáles fueron sus causas? La mayoría de las intervenciones que han abordado la experiencia perretista centran las respuestas en la dimensión de los sujetos: en sus interpretaciones desacertadas o “insuficientes” (de la realidad nacional o de la teoría marxista, por ejemplo) en su

escasa experiencia política, en su pobre formación teórica, en su aplicación “esquemática” de conceptos y experiencias históricas lejanas en tiempo y espacio.

Esta idea de una creciente militarización fue dando lugar a una aseveración bastante extendida y aceptada: el desplazamiento de “la política” fue la contracara de la intensificación del accionar armado. La violencia armada y la política se presentan, desde esta perspectiva, como términos claramente diferenciables o aún excluyentes.

Una de las últimas intervenciones que, desde el campo académico, han abordado la experiencia de la guerrilla en la Argentina es la obra de Pilar Calveiro *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Allí, anticipado desde el propio título del libro (*política y/o violencia*) se presenta el postulado principal del mismo: la intimidad entre ambos términos estuvo signada menos por la tensión y la imbricación que por el desplazamiento de uno en favor del otro. Es finalmente en la supresión de la política, en su abandono, donde pueden encontrarse las claves de la derrota de las organizaciones revolucionarias armadas: “Lo militar y lo organizativo asfixiaron la comprensión y la práctica política”<sup>4</sup>. Para la autora, entre el surgimiento de las organizaciones armadas y su derrota final, hubo desplazamiento, reemplazo y supresión: “la lucha armada comenzó siendo la máxima expresión de la política primero, y la política misma más tarde”<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70* (Buenos Aires: Norma, 2005), 23.

<sup>5</sup> Calveiro, *Política y/o violencia*...129.

Por su parte, Pablo Pozzi ha ofrecido respecto al problema de la “cuestión armada” una versión ligeramente distinta pero coincidente, en todo caso, con aquellos enfoques que sobreimprimen a la experiencia perretista un postulado —y poco discutido— divorcio entre “la política” y las armas:

“lo militar no guió lo político, pero sí tendió a autonomizarse (...) no hubo militarismo como tal (lo militar guiando a lo político) lo que hubo fue una autonomización de los aspectos militares de la organización. La separación entre ambos aspectos, militar y político, los llevó a desarrollarse por carriles distintos donde a veces chocaban entre sí y a veces se complementaban”<sup>6</sup>.

Me propongo abordar aquí el problema de la llamada “militarización” partiendo de la premisa de que la diferenciación-oposición entre *violencia* y *política* se torna *poco potente* a la hora de analizar la experiencia perretista puesto que no alcanza a explicar las causas de aquella “militarización”. Ofrecer ambos términos (*política* y *violencia*) como finalmente excluyentes implicaría postular que es posible una política sin violencia y una violencia sin marcas políticas; o, dicho de otro modo, que la violencia, en tanto *régimen de medios* puede independizarse de los *fnes políticos*, al tiempo que éstos pueden prescindir de medios violentos<sup>7</sup>. No se trata aquí de afirmar

lo contrario; sí se trata, en cambio, de analizar la particularidad del vínculo entre violencia y política en la historia del PRT-ERP. Y hacerlo a partir de una ponderación que evalúe la preeminencia o supeditación de cada uno de ellos (es decir, si hubo *más política* que violencia o *más violencia* que política) nos enfrentaría a problemas tanto teóricos como históricos de difícil resolución.

Especulemos: ¿qué es lo que determina el carácter *más o menos* político de una acción armada? La “expropiación” de un camión de alimentos, por ejemplo, ¿es un acto *más político* que un “ajusticiamiento”? El secuestro extorsivo de un ejecutivo de una empresa en conflicto o el desarme de un policía ¿*son más políticos* que un asalto a un cuartel? Si medimos *lo político* a partir de las reacciones del “afuera”, es decir, de la recepción que de una determinada acción tiene lugar en distintos sectores de la población ¿es la llamada “simpatía de las masas” aquello que determina el carácter político de la acción armada? ¿O debemos medir la dimensión política de una acción a partir de la reconfiguración en las relaciones de fuerza que ésta produce? Haciendo caso omiso de las dificultades metodológicas que afrontaríamos para medir “la simpatía de las masas” y optando, en consecuencia, por dar crédito a algunos testimonios, nos

6 Pozzi, *Por las sendas argentinas...* 271.

7 Hannah Arendt afirma que “Nadie consagrado a pensar sobre Historia y Política puede permanecer ignorante del enorme papel que la violencia ha desempeñado siempre en los asuntos humanos”, y, al mismo tiempo advierte: “la verdadera sustancia de la acción violenta es regida por la categoría medios-fin cuya principal característica, aplicada a los asuntos humanos, ha sido siempre la de que el fin está siempre en peligro de verse superado por los medios a los que justifica y que son necesarios para alcanzarlo”, Hannah Arendt, “Sobre la violencia”, en *Crisis de la República* (España: Ed. Taurus, 1999), 112-116. Finalmente, resulta oportuno señalar que lo que Arendt sitúa como opuesto a la violencia no es la *política* sino el *poder*; y al respecto, concede: “Nada resulta tan corriente como la combinación de violencia y poder, y nada es menos frecuente como hallarlos en su forma pura y por eso extrema”. Hannah Arendt, op., cit., pág. 149.

encontraríamos con que un mismo tipo de acción armada, los “ajusticiamientos”, por ejemplo, generaron reacciones y consecuencias dispares en momentos distintos. Podría señalarse que esas disparidades tuvieron lugar en función de quién era la persona “ajusticiada” y cuál la coyuntura política en la que se llevó a cabo la acción, pero ello no aclararía demasiado el panorama en tanto la decisión de a quién ajusticiar no responde a estrategias netamente militares sino que se orientan por la búsqueda de efectos políticos. Algo similar podría decirse de los secuestros extorsivos de ejecutivos de empresas en conflicto. Algunos de ellos fueron “festejados” probablemente a causa del éxito obtenido en las negociaciones, en tanto otros, al entorpecer el diálogo entre los trabajadores y la patronal, provocaron rechazos de envergadura. ¿Se reduciría, entonces, la dimensión política de un acto armado al sentido de su oportunidad? Si optáramos por una respuesta afirmativa, el problema no estaría ya en el tipo de acciones y prácticas, ni aún en su frecuencia y envergadura, sino en los contextos particulares en los que éstas tienen lugar.

Ahora bien, el ideario revolucionario postulaba que la “orientación de masas” que debían tener las acciones armadas quedaba determinada no sólo por la “simpatía” de las masas sino, además, por el grado de movilización de las mismas. Y aquí entonces nos enfrentamos a un problema no menor: en principio, los índices de movilización de la sociedad argentina no parecen haber registrado cambios abruptos hasta después de las movilizaciones que siguieron al

“rodrigazo” (julio-agosto de 1975), momento en el que sí, entonces, se registra un sensible “reflujo”. Paralelamente, en el caso del PRT-ERP es el período que va de 1973 a 1975 no sólo aquel en que se verifican acciones de mayor envergadura y una creciente regularización de sus fuerzas militares, sino también, aquel en que parecen verse redoblados los esfuerzos partidarios en los llamados “frentes de masas” y los intentos por acordar alianzas “legales” con distintos agrupamientos sociales y políticos. En añadidura, es precisamente el período que va de 1973 a 1975 el de mayor crecimiento del PRT-ERP, lo que a ojos de la propia organización vendría a confirmar la pertinencia y oportunidad de su línea política.

Llegados a este punto, resulta necesario admitir que abordar el derrotero perretista a partir del postulado de un proceso de militarización sin ser equívoco es poco explicativo. La intensificación del accionar armado del PRT-ERP —fundamentalmente a partir de 1974— y el lugar central que en su imaginario y discursividad ocuparon las figuras bélicas son fenómenos innegables. Pero si se rechaza la idea —y aquí se hace en forma contundente— que aquello se debió a una particular predisposición a la violencia, a una inclinación deliberada por el uso de las armas —o a la locura que éstas acarrear— no puede dejar de plantearse, entonces, algunos interrogantes. ¿Cuáles fueron las raíces de aquella intensificación del accionar armado perretista? ¿Cuál era el sentido del vínculo entre política y violencia en su imaginario? ¿Qué rol jugaban las armas revolucio-

narias en el devenir histórico? ¿Por qué no se retrajo la actividad militar ante el mencionado “reflujo” de masas?

El desafío es dilucidar la lógica implicada en una línea partidaria que hoy puede resultar descabellada pero que debemos atenderla pensando en los sentidos que los revolucionarios perretistas otorgaron, a partir de su propio ideario, a la lucha armada.

Con ese objetivo, en el presente trabajo se atenderá, en primer lugar, a la caracterización que del proceso revolucionario hiciera el PRT: esto es, a aquella noción que dio forma y tiempos a la revolución en el imaginario perretista, determinando sus características y orientando en consecuencia el accionar partidario. En segundo lugar, se ofrecerá un recorrido exhaustivo por distintos documentos partidarios escritos entre 1968 y 1976.

La invitación, en definitiva, es a volver la mirada sobre las formulaciones político-ideológicas centrales, sobre sus connotaciones, sentidos e implicancias más profundos. Porque en ellos quedaban **anudados con lazo indisoluble** violencia y política, vanguardia y conciencia, guerra y revolución. Y entonces es probable que la llamada *militarización*

haya sido, en gran medida, no una “desviación” ni una “insuficiencia” (de comprensión de la política o del marxismo), sino más bien el resultado más o menos fiel de aquellos sentidos o, aún, del propio ideario revolucionario que los forjó.

## 1. DE LA INSURRECCIÓN GENERAL A LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Tras la Revolución de Octubre, el modelo insurreccional de la toma del poder fue el más ampliamente difundido entre las izquierdas de distintas partes del mundo. Este modelo establecía que ante una situación revolucionaria, cuando las masas están en estado de fermentación, la acción del partido de vanguardia debía centrarse en el lanzamiento de consignas cada vez más enérgicas y, paralelamente, en la organización de acciones de masas. El punto culminante de dicha combinación era la huelga general revolucionaria de concierto con la insurrección armada. Al perseguir la destrucción del aparato gubernamental y la toma del poder, el modelo insurreccional apelaba, necesariamente, a la lucha armada, es decir, exigía un plan militar. Sin embargo, tanto Lenin como aquellos dedicados a sistematizar la teoría insurreccionalista, procuraron diferenciar esta estrategia del blanquismo<sup>8</sup>

8 El blanquismo es una doctrina revolucionaria que debe su nacimiento al comunista revolucionario francés Augusto Blanqui (1805-1881). Sustentado en la confianza del papel creador de la violencia la táctica blanquista consistía en hacerse en el momento propicio del poder, por medio de una organización armada, secreta, fuertemente organizada y centralizada. La representación de la revolución en el blanquismo se asimilaba, entonces, a un complot militar. Si bien el leninismo heredaría de aquella corriente el postulado de una organización preparadora y conductora del proceso revolucionario centraría el blanco de sus críticas en la desconsideración de Blanqui respecto de la imprescindibilidad de condiciones objetivas y subjetivas sin las cuales toda insurrección se vería frustrada. En palabras de Lenin: “Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjuración, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el *auge revolucionario del pueblo*. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución. Esto en tercer lugar. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian el marxismo del blanquismo”. Lenin, *Marxismo e insurrección*, 1917, en: [www.marxistas.org](http://www.marxistas.org).

enfaticando la obligada supeditación y circunscripción del accionar armado al contexto del auge de masas. En otras palabras, en el modelo insurreccional la actuación efectiva de las fuerzas militares se inscribía en el contexto de un ciclo de sublevaciones parciales pero ascendentes en su radicalidad y desafío político. Era, de alguna manera, expresión y consecuencia, a la vez, del momento en que la confrontación de clases, por su agudeza, “se transforma en guerra civil abierta”<sup>9</sup>. La lucha armada no era, entonces (como lo sería en otras expresiones de la voluntad revolucionaria); ni la usina que alimentaba el proceso revolucionario, ni la principal forma de lucha hacia la toma del poder. Era la modalidad final e imprescindible que acompañaba el alzamiento de las masas, pero supeditada a los otros “procedimientos esenciales (...): la influencia educadora y organizadora del socialismo”<sup>10</sup>.

Las experiencias de las revoluciones china y vietnamita habrían de ofrecer a las izquierdas, especialmente aquellas de los países del Tercer Mundo, un nuevo modelo estratégico para la toma del poder. Una estructura económico-social signada por la presencia de una población abrumadoramente campesina, sometida en gran medida a relaciones de dominación caracterizadas como “feudales” o “semifeudales”, y el combate contra un enemigo colonialista o invasor determinaron en estas experiencias la conjunción entre *guerra de liberación* y *guerra revolucionaria*. Esta conjunción

no podía menos que implicar una estrategia alternativa a la insurreccional; y esa estrategia recibiría el nombre de *guerra popular prolongada*. Una de las características fundamentales de la guerra popular prolongada era que, en tanto suponía la confrontación bélica con un enemigo técnicamente superior, su propio desarrollo implicaba la construcción de una fuerza militar que iría “de lo pequeño a lo grande” como advertían las máximas del líder chino, Mao Tsé Tung. El crecimiento del “Ejército del Pueblo” estaba necesariamente ligado a la consolidación del control territorial, cuyo sentido iba del campo hacia la ciudad, momento crucial éste en el cual, recién entonces, tendría lugar el llamado a la insurrección general. En resumidas cuentas, la “guerra del pueblo” no era más que la vía de una paulatina “acumulación de fuerzas” políticas y militares hasta acusar una clara superioridad de fuerzas respecto del enemigo. La figura de la guerra no evidenciaba la etapa culminante de la situación revolucionaria signada por el auge de masas sino que era su propio motor, y el Ejército —aunque bajo la dirección del partido— su gran protagonista. Finalmente, el crecimiento “de lo pequeño a lo grande” tenía un claro correlato en las modalidades del enfrentamiento bélico. La “guerra del pueblo” comenzaba bajo la forma de guerra de guerrillas para transformarse gradualmente en una guerra de movimientos (forma de combate en que comienzan a evidenciarse principios de la guerra regular) que en su etapa final se combinaba parcialmente con

<sup>9</sup> Lenin, *La guerra de guerrillas*, 1906, en [www.marxists.org](http://www.marxists.org), Marxists Internet Archive, diciembre de 2008.

<sup>10</sup> Lenin, *op. cit.*



la guerra de posiciones. La sucesión de estas etapas exigía la transformación del “Ejército del Pueblo” en un verdadero ejército regular. En palabras del general vietnamita Vo Nguyen Giap:

“Importa proseguir, activa y firmemente, sobre la base de un fortalecimiento continuo de la conciencia política, la transformación progresiva del Ejército popular en un ejército regular y moderno (...) Para elevar la capacidad combativa del ejército, para lograr una fuerte centralización del mando y una coordinación estrecha entre las diferentes armas, es indispensable poner en vigor *reglamentos propios de un ejército regular*”<sup>11</sup>.

Para las organizaciones revolucionarias de distintas partes del mundo la apelación al modelo insurreccional de la toma del poder o al de la guerra popular prolongada (por mencionar sólo estos dos modelos) no podía menos que conllevar sensibles diferencias tanto en lo relativo a definiciones político-organizativas, como en lo referente al establecimiento de sus estrategias políticas y militares, y, finalmente, respecto de aquellas implicancias que, desde la dimensión de lo simbólico, delinearon las subjetividades partidarias.

Es de suponer que la apelación a una u otra estrategia estuvo determinada en cada caso por las condiciones sociales, económicas, demográficas y políticas de cada país en donde aquellas organizaciones se plantearan la disputa del poder; o, al menos, de la caracterización o lectura que de dichas condiciones realizaran los revolucionarios.

No sería en vano señalar, sin embargo, que, probablemente, en la definición de algunas estrategias operaran ciertas certezas y voluntades previas que, descansando bajo la nómina de las “aplicaciones creadoras”, impulsaran la adopción de una u otra aún cuando las condiciones históricas particulares no resultaran asimilables a aquellas que habían dado origen al modelo adoptado.

En el caso del PRT-ERP un primer señalamiento se vuelve necesario: las dos organizaciones que dieron nacimiento al PRT en 1965 (FRIP, liderado por Santucho y PO, liderado por Nahuel Moreno) habían adherido a la estrategia insurreccional. Un abrumador componente proletario de la estructura económico-social argentina no podía menos que orientar la mirada de los revolucionarios hacia aquella estrategia. Sin embargo, hacia 1968 las cosas habrían de cambiar.

El golpe de Estado encabezado en 1966 por el general Juan C. Onganía y, principalmente, su explícita advertencia de que no había plazos temporales para el retorno a las elecciones precipitaron en la corriente liderada por Santucho, la convicción de que el inicio inmediato de la lucha armada representaba “el único camino” para la toma del poder. El grupo liderado por Nahuel Moreno señalaba, por el contrario, la impertinencia e inoportunidad de las armas. Éste fue el motivo central de la ruptura entre ambas vertientes en 1968 y no podía dejar de implicar para el santuchismo (que en

11 Vo Nguyen Giap, *Vietnam liberado. Guerra del pueblo-Ejército del pueblo* (Buenos Aires: Ediciones La Rosa Blindada, 1971), 78.

adelante dirigiría el PRT) el abandono de la estrategia insurreccionalista.

En efecto, ese mismo año, en el famoso “Libro Rojo”<sup>12</sup>, escrito con vistas a la celebración del IV Congreso partidario (al que la corriente de Moreno finalmente no asistió, materializando así la ruptura) se hacía una explícita desestimación de aquella estrategia considerada, ahora, “espontaneísta”:

“nuestro Partido ha carecido hasta la fecha de una estrategia de poder correcta. Hemos venido sustentando la errónea concepción de que el poder se lo tomará por una insurrección urbana espontánea en cuyo curso tomaríamos la dirección del movimiento de masas, el proletariado se armaría y en un período relativamente corto accederíamos al poder. Nuestro Partido debe autocriticarse de tal concepción espontaneísta...”<sup>13</sup>.

Una “estrategia de poder correcta”, se explicaba, no podía tener como referencia histórica la experiencia de la revolución rusa. Y esto porque aquella experiencia había tenido una característica específica que había posibilitado el triunfo de la insurrección: el ejército zarista estaba combatiendo en el frente en una “guerra injusta” y se encontraba, por tanto “en plena descomposición”. En contraste, decenas de otras insurrecciones urbanas habían sido aplas-

tadas “debido a la debilidad relativa de la población insurreccionada, frente a un sólido ejército burgués o frente a la intervención imperialista”<sup>14</sup>. Sin un enemigo “en plena descomposición” y ante la evidencia histórica de decenas de insurrecciones urbanas sofocadas “debido a la debilidad de la población insurreccionada”, lo que urgía, entonces, como tarea impostergable era la construcción *desde el vamos* de una fuerza militar que, en su gradual crecimiento, fuera capaz de enfrentarse, en primera instancia, al ejército burgués y, eventualmente, a una invasión imperialista. La palabra partidaria evocará, a partir de allí, los “aportes teóricos y programáticos” de las revoluciones triunfantes china y cubana,

“a saber: a) que no hay otro camino para la toma del poder que la lucha armada; b) que la lucha armada no se inicia como corolario de una insurrección popular triunfante, sino que puede comenzar como reacción defensiva de las masas y de su vanguardia, en circunstancias del más pronunciado retroceso; c) que la construcción del ejército revolucionario, sin el cual es hoy día imposible la toma del poder, es una tarea a realizar en el campo, en zonas sociales y geográficas favorables, yendo de lo pequeño a lo grande, de lo débil a lo fuerte”<sup>15</sup>.

En resumidas cuentas, para la corriente liderada por Santucho, el inicio

12 El apodado “Libro Rojo”, se titulaba, en realidad, *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*, constaba de 5 capítulos: 1) “El marxismo y la cuestión del poder”; 2) “¿Tenía nuestro Partido una estrategia de poder?”; 3) “Relaciones entre la revolución mundial, regional y continental”; 4) “Nuestra estrategia y tácticas nacionales deben partir de las características de nuestra revolución”; y 5) “Las tareas y organización del Partido”. El texto fue escrito en el contexto de la ruptura liderada por Nahuel Moreno, motivada principalmente en la negativa de este grupo de iniciar la lucha armada. De ahí que la corriente santuchistaplasmara en el propio título del libro (*El único camino...*) su propia determinación de organizar en lo inmediato la actividad militar. El texto recibió el nombre de “librito rojo” por el color de sus tapas; aunque la denominación puede ser leída también como un código de militancia que emulaba “el librito rojo de Mao”, un texto, también de tapas rojas, que reunía las máximas del líder chino.

13 *El único camino hasta el poder obrero y el socialismo* en Daniel De Santis (comp.): *A vencer o morir*. PRT-ERP DOCUMENTOS, (Buenos Aires: Ed. Nuestra América, 2004), 181.

14 *El único camino...* 175.

15 *El único camino...* 174

en lo inmediato de la lucha armada y la construcción de un ejército revolucionario eran las únicas posibilidades que se abrían para la revolución en Argentina. Y detrás de esa construcción resonaban los ecos de la *guerra popular prolongada*.

La adopción de una estrategia de poder que enmarcara las determinaciones en torno a la lucha armada encontraba su fundamentación teórica en el “Libro Rojo”. Allí se presentaba un recorrido por algunos escritos de Engels, Lenin, Mao Tse Tung, Trotsky y por otros emanados del guevarismo. En ese recorrido, las citas escogidas de Lenin opacaban las otrora pertinencias de la vía insurreccional, resaltando, en cambio, aquellas nociones que otorgaban al proceso revolucionario el carácter de guerra prolongada. A continuación, *El único camino...* evocaba algunas enseñanzas de Mao Tsé Tung: el partido y el ejército rojo deben aprovechar la vastedad del territorio chino y establecer “bases” en los territorios más alejados, menos accesibles para el enemigo y desde allí organizar el poder revolucionario. Pero, en tanto el enemigo es muy poderoso y el ejército rojo es débil y pequeño, “la revolución será una guerra prolongada”. La escena final de este proceso era el ejército campesino (o popular) rodeando las ciudades y tomándolas “llamando a la insurrección”<sup>16</sup>. El Ejército rojo iría creciendo cuantitativamente en “mil batallas tácticas”:

“Mao y el maoísmo continuaron desarrollando el marxismo-leninismo,

creadoramente, con la teoría de la guerra revolucionaria popular, de la necesidad de un ejército revolucionario para derrotar al ejército contrarrevolucionario [...] en un proceso prolongado, donde las fuerzas revolucionarias parten de lo pequeño hacia lo grande, de lo débil hacia lo fuerte”<sup>17</sup>.

El modelo insurreccional de la toma del poder y el de la guerra popular prolongada habían surgido de experiencias históricas sensiblemente dispares. El grado de desarrollo del capitalismo, la preeminencia de un proletariado industrial urbano en un caso o del campesinado en otro, la existencia de un ejército burgués “en descomposición” o el enfrentamiento a un poderoso enemigo invasor, habían determinado el establecimiento de una u otra estrategia. Más aún, éstas se habían pensado como alternativas, siendo las condiciones particulares de cada país las que, en definitiva, determinarían la pertinencia de una u otra. Sin embargo, ya sea porque tras la ruptura de 1968 una importante cantidad de cuadros que provenían del morenismo se alineaban con Santucho, ya sea porque resultaba innegable que las características estructurales de la Argentina configuraban la existencia de un numeroso proletariado industrial urbano o quizás por ambas cosas a la vez, lo cierto es que en la definición de la estrategia político-militar del PRT parece haber primado una lógica del *todo suma*. Bajo el “pragmatismo” evidenciado en esa complementación es que puede entenderse la queja perretista de que “el

16 *El único camino...*109

17 *El único camino...*110.

maoísmo y el trotskismo se ignoraron mutuamente”, al tiempo que se dictaminaba que “la tarea teórica principal de los marxistas revolucionarios es fusionar los aportes del trotskismo y el maoísmo en una unidad superior que significará un retorno pleno al leninismo”<sup>18</sup>.

El guevarismo representaba, para el nuevo PRT esa “unidad superior” y, en consecuencia, oficiaría de referencia para determinar las características particulares que asumiría la guerra revolucionaria en la Argentina. Al identificar al imperialismo como sistema mundial y última etapa del capitalismo, el guevarismo ofrecía la posibilidad de englobar la lucha revolucionaria local en una estrategia regional y continental al tiempo que centraba a los países del Tercer Mundo como el escenario privilegiado de los cambios venideros. La forma concreta política y militar que asumiría la estrategia continental debía construirse, se insistía, a partir de las condiciones particulares de cada país y región. No obstante, las enseñanzas del guevarismo eran inapelables en un punto: “el principal pilar” de la guerra revolucionaria “está constituido por los ejércitos guerrilleros”<sup>19</sup>. Y a partir de allí, la discusión en torno a la relación entre partido y ejército se tornaba secundaria cuando no llanamente estéril, “tan inútil como la vieja discusión del huevo y la gallina”<sup>20</sup>. En definitiva, la construcción de

un partido centralizado de cuadros y la de un ejército revolucionario popular no podían pensarse como tareas diferenciadas y consecutivas:

“van indisolublemente ligadas. Donde no existen partidos revolucionarios habrá que crearlos como fuerzas militares desde el comienzo. Donde existen y son débiles, habrá que desarrollarlos pero transformándolos en fuerzas militares de inmediato (...) **en nuestra época la política y el fusil, no pueden ir por separado**”<sup>21</sup>.

Finalmente, el IV Congreso determinó las tareas partidarias centrales y estableció que éstas transitaban dos ejes principales y simultáneos: la preparación de la lucha armada y la consolidación de una línea de agitación y propaganda “de alto nivel político sobre la vanguardia política del movimiento obrero”<sup>22</sup> que superara la dimensión sindical y “economicista” que, desde la perspectiva de la corriente santuchista, la había caracterizado hasta entonces. Estos dos ejes prioritarios implicaban, a su vez, la identificación de “lugares fundamentales de trabajo” que concentraran los esfuerzos militantes. Éstos serían “el proletariado fabril y, en especial, el de las fábricas y ramas industriales de mayor concentración”<sup>23</sup>.

Es de destacar que, a partir de entonces, ambas tareas y ambos “lugares de trabajo” concentraron, efectivamente, los esfuerzos militantes. Y aunque

18 *El único camino...*110.

19 *El único camino...*en Daniel De Santis (comp.) A Vencer o morir. PRT-ERP Documentos, tomo I. Buenos Aires, Eudeba, 1998, 114.

20 *El único camino...*(1998), 116.

21 *El único camino...*(1998), 116.

22 *El único camino...*(2004), 221.

23 *El único camino...*(2004), 224-225.

el IV Congreso hubiera desestimado explícitamente la estrategia insurreccionalista, el establecimiento de una política de agitación y propaganda de “alto nivel político” y la identificación de los grandes centros fabriles como lugares privilegiados de actividad pueden advertirse como herencias de componentes propios de aquella estrategia ante la contundencia de una estructura económica y social que no podía obviarse por completo.

Sin embargo, la caracterización del proceso revolucionario como *guerra prolongada*, la certeza de que la lucha armada debía desarrollarse no sólo en los períodos de auge de masas sino también “bajo los períodos de reflujo”, la centralidad que en esa guerra ocupaba la construcción de un ejército revolucionario que se desarrollara “de lo pequeño a lo grande” (tanto en las ciudades como en los territorios rurales), en fin, aquellas concepciones que conjugaban la tradición maoísta con el legado guevariano, harían que aquellos otros componentes quedaran opacados –cuando no teñidos– por la práctica armada.

## 2. EL SENTIDO DE LAS ARMAS

En el imaginario perretista la acción armada adquirió sentidos estrechamente vinculados a lo que la propia organización, en su autoproclamado rol de vanguardia, determinaba eran “las necesidades de las masas”. Un recorrido por la documentación partidaria entre 1968 y 1976 nos permite agrupar aquellos sentidos a partir de tres ejes: a) la acción armada como creadora de conciencia; b)

la acción armada en defensa del “poder popular” y c) la acción armada como aceleradora de la confrontación final.

### 2a. LA ACCIÓN ARMADA COMO CREADORA DE CONCIENCIA

Tras la derrota de las tropas del Che Guevara en Bolivia, la “teoría del foco”, que tan ampliamente circuló tras la epopeya de Sierra Maestra, fue puesta en cuestión o directamente desestimada por aquellos dispuestos a incluir la lucha armada en una estrategia de poder. Sin embargo, fue el postulado taxativo de Régis Debray en *¿Revolución en la Revolución?* –aquél que otorgaba al Ejército Guerrillero la dirección militar y política del proceso revolucionario– aquello que en los últimos años de la década de 1960 era puesto en cuestión (también por el PRT). Pero de la figura y del pensamiento del Che Guevara emanó un legado que habría de habitar el ideario perretista hasta la derrota final de la organización: **la acción armada de los revolucionarios crea las condiciones subjetivas para la revolución.**

En mayo de 1969 tuvo lugar en la provincia de Córdoba un estallido popular bautizado como el “cordobazo”. Este estallido fue para el PRT la señal inequívoca de que “la guerra civil revolucionaria ha comenzado en nuestro país”. De ahí, que el V Congreso partidario (1970) diera carta de fundación al ERP. En las resoluciones del evento estipulaba:

“la guerra revolucionaria se asienta sobre dos concepciones básicas: el desarrollo de lo pequeño a lo grande

y la incorporación de las masas a la guerra en un proceso dialéctico (...) el objetivo militar de la lucha es secundario frente a los objetivos políticos, **se busca en cada acción armada movilizar y educar a las masas**<sup>24</sup>.

Más adelante, establecía que las células partidarias debían tener como preocupación fundamental en el terreno militar “la aplicación de una línea de masas” al tiempo que debían contribuir a ella “aportando informes y transmitiendo la opinión y el estado de ánimo de las masas a **fin de lograr su movilización con operaciones de propaganda armada**”<sup>25</sup>. Lo importante, en todo caso, era el comienzo de las acciones militares: “Un partido de combate se caracteriza por eso mismo, porque combate, y en esta Argentina que está en guerra, la política se hace en lo fundamental armada”

Dos meses más tarde, el nuevo ejército realizaba su primera acción: la toma de la Comisaría N° 24 de la ciudad de Rosario. En la proclama correspondiente explicaba: “esta acción y nuestras operaciones posteriores tienen un objetivo principal, **el despertar la conciencia popular**, mostrar a todos los patriotas el camino revolucionario”<sup>26</sup>.

No le resultaría difícil al PRT-ERP encontrar en el curso de los acontecimientos la confirmación de sus propias certezas. Desde 1969 la movilización popular no hacía más que incrementarse y tanto el ciclo de rebeliones que siguieron al Cordobazo como el

surgimiento y accionar de varios grupos guerrilleros hacían tambalear la dictadura militar instaurada en 1966. Paralelamente, en barrios, universidades y fábricas, las audacias guerrilleras, muchas de ellas de signo justiciero, convocaban crecientes simpatías; y las organizaciones político-militares comenzaban lentamente a nutrir sus filas. No obstante, la nueva coyuntura despertaba alerta en la organización. Las disputas dentro de las Fuerzas Armadas en torno a qué estrategia política adoptar para retornar a niveles aceptables de gobernabilidad se hacían evidentes y permitían prever una salida negociada en el corto o mediano plazo. En esa salida, la autoproclamada vanguardia revolucionaria creía enfrentarse a riesgos que podían obstaculizar el desarrollo de la conciencia política de las masas; y, en tanto dinamizadora de conciencia, la acción armada venía a conjurarlos. En las Resoluciones del Comité Central de marzo de 1971, el PRT advertía:

“en la situación actual de ensanchamiento de las posibilidades legales y semilegales, la tendencia a recuperar los sindicatos y encauzar por ellos las luchas reivindicativas y transformarlas en políticas [...] engendra el riesgo del sindicalismo, el reformismo político y aventurerismo sindical [...] La manera de contrarrestar ambos [...] es con la presencia y desarrollo de nuestro Partido, con la acción armada del ERP dentro de la fábrica y en relación con la lucha sindical”<sup>27</sup>.

En julio de 1971 el gobierno del general Lanusse convocaba al Gran

24 *Resoluciones del V Congreso* en Daniel De Santis (1998), 162. El resaltado es mío.

25 De Santis, *Resoluciones del V Congreso*...167-168. El resaltado es mío.

26 “Al Pueblo Argentino”, *La Tribuna de Rosario*. 20 de septiembre de 1970. El resaltado es mío.

27 *Resoluciones del Comité Central de Marzo de 1971* en Daniel De Santis (1998), 203.

Acuerdo Nacional. El GAN proponía un acuerdo entre las principales fuerzas políticas a fin de restablecer las reglas del juego electoral. La convocatoria no hizo más que enardecer las alarmas perretistas: representaba para la organización un hábil intento de la burguesía “y su partido político, la casta militar” por erigir vallas de contención al auge revolucionario. Canalizado hacia “la farsa electoral” ese auge corría el riesgo de perderse en falsas opciones que “desviarán” a las masas del camino de la guerra revolucionaria, única vía “hacia el poder obrero y el socialismo”.

“El GAN es un recurso de la dictadura con que ésta pretende lograr una amplia base popular, reconciliarse con los partidos burgueses populares, con el objetivo contrarrevolucionario de aislar a la guerrilla y a la vanguardia clasista, para reprimirla con mayor eficacia e intentar detener así el naciente proceso de guerra revolucionaria”<sup>28</sup>.

La consecutiva pulseada entre la dictadura y Perón —que culminaría finalmente con el retorno del líder al país— representó para el PRT-ERP un “acuerdo interburgués” dentro de la estrategia contrarrevolucionaria. Pero el objetivo del GAN era un “intento irrealizable”: el vínculo entre las organizaciones armadas y el movimiento de masas (especialmente en sus expresiones clasistas) había llegado, a entender de la organización, “a un punto en que su destrucción es

imposible”. Por lo demás, el gobierno que resultara de las elecciones, obligado a mantenerse dentro de los márgenes de un capitalismo en crisis, sería incapaz de solucionar las expectativas de las masas. De ahí que: “la continuidad de la lucha armada y no armada (...) no se interrumpirá ni por este proceso electoral ni por el Gobierno que surja de él. El proceso electoral no presenta opción progresista alguna”<sup>29</sup>. Si los planes de la burguesía eran “desviar” al pueblo de la guerra revolucionaria, su vanguardia debía, acompañándolo, desenmascarar el engaño y recordarle que era precisamente esa guerra la verdadera opción para sus esperanzas. Y lo haría intensificando la lucha armada. Ante la “farsa electoral”, el sentido atribuido a las acciones militares era precisamente aquel que enlazaba *acción armada con conciencia revolucionaria*. Las armas esclarecían, demostraban, recordaban.

“el condicionamiento del GAN y la ausencia total de una opción genuinamente popular exige **la continuidad del accionar armado**. Este accionar debe ser intensificado en el próximo período (...) Las operaciones de envergadura servirán **para demostrar al pueblo** la fuerza y la decisión de la guerrilla de **colocar en forma destacada ante los ojos de las masas**, en momentos previos a la farsa electoral, la verdadera salida, la salida de la guerra revolucionaria, **para recordar a las masas** que su lucha trasciende por completo el episodio electoral”<sup>30</sup>.

28 *El Combatiente* N° 67, 28 de febrero de 1972.

29 *Ibidem*.

30 *Resoluciones del Comité Central de diciembre de 1972* en Daniel De Santis (1998), 372. El resaltado es mío.

## 2b. LA ACCIÓN ARMADA EN DEFENSA DEL PODER POPULAR

El 11 de marzo de 1973 la fórmula impulsada por el peronismo y encabezada por Héctor Cámpora ganaba las elecciones con más del 49% de los votos. Después de casi 18 años de proscripción, el peronismo retornaba al poder. Para el PRT-ERP, la llegada del peronismo al poder —y la consecuente lucha interna que esto desencadenaría en el movimiento— culminaría indefectiblemente en lo que la organización denominó la “facistización” del peronismo. Era indiscutible que el nuevo gobierno —dentro del cual la izquierda peronista ocupaba varias bancas, gobernaciones y ministerios— surgía de la voluntad popular. Pero más indiscutible resultaba para el PRT-ERP que el abandono de las armas facilitaría el avance de las fuerzas reaccionarias. En abril de 1973 la organización hacía pública su decisión de no abandonar la lucha armada. Así fundamentaba su determinación:

“el gobierno que el Dr. Cámpora presidirá representa la voluntad popular. Respetuosos de esa voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras éste no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias (...) La experiencia nos indica que no puede haber tregua con los enemigos de la Patria, con los explotadores, con el ejército opresor y las empresas capitalistas expoliadoras. Que detener o disminuir la lucha es permitirles reorganizarse y pasar a la ofensiva”<sup>31</sup>.

El 25 de mayo, Héctor Cámpora asumía la Presidencia en un clima de intensa algarabía popular. Para amplios sectores que habían acompañado hasta entonces la movilización popular, la llegada de Cámpora al poder parecía anunciar la inminencia de un tiempo de transformación social. Pero la llamada “primavera camporista” habría de durar tan sólo 49 días. En la masacre de Ezeiza primero (cuando los grupos de choque de la derecha peronista atacaron las columnas de la Juventud Peronista causando decenas de muertos y cientos de heridos) y en la renuncia de Héctor Cámpora después —con el consecuente avance de la derecha del peronismo en el gobierno— el PRT-ERP no dejaría de encontrar signos confirmatorios de su propio pronóstico. En la misma dirección podía leerse el fracaso de la experiencia chilena: el derrocamiento de Salvador Allende en septiembre de 1973 derrumbaba, para muchos, la viabilidad de “la vía pacífica al socialismo”. Las armas debían estar ahora, más que nunca, al servicio de la defensa del poder popular.

En septiembre de 1973, pocos días antes de las elecciones que le dieron el triunfo abrumador a la fórmula Perón-Perón, el ERP asaltó sin éxito el Comando de Sanidad del Ejército en Capital Federal. Cuatro meses después, en enero de 1974, atacó la guarnición militar de Azul, en la provincia de Buenos Aires. Este acontecimiento, superponiéndose a los conflictos que asolaban al peronismo, reforzó las presiones de la

31 “Por qué el ERP no dejará de combatir. Respuesta al Presidente Cámpora”, 13 de abril de 1973.



derecha y del propio Perón, precipitando la renuncia del entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Bidegain (figura clave dentro de la llamada *Tendencia Revolucionaria del Peronismo*), y la del bloque de ocho diputados nacionales por la Juventud Peronista.

Pero desde el punto de vista de la historia interna de la organización, el año 1974 representó un verdadero punto de inflexión. Después de seis años de insistencia en la necesidad de un ejército popular que creciera “de lo pequeño a lo grande”, templándose en “mil batallas”, tanto en la ciudad como en el campo y a sólo cuatro años de su fundación, el ejército del pueblo abría un frente militar en el monte tucumano. Y al tiempo que veía engrosar sus filas, su capacidad operativa se expandía al punto de parecer exigir una regularización de fuerzas. Las etapas descritas por los teóricos de la guerra prolongada se cumplían. Más importante aún era la persistencia de un altísimo grado de movilización popular. A los ojos del PRT-ERP se configuraba una indiscutida situación revolucionaria.

En agosto de ese año, Santucho presentó al colectivo partidario un documento considerando por muchos como la obra más acabada y madura de su pensamiento: *Poder burgués, poder revolucionario*. Mencionamos particularmente este documento por varios motivos. En primer lugar, porque a pesar de ser 1974 el año que estaría indicando el comienzo de una “militarización” en el PRT-ERP lo cierto es que en este

documento hay un notorio énfasis en la noción de que el poder popular se construía fundamentalmente a partir de la movilización de masas. En segundo lugar, porque si un año y medio antes la apertura electoral era enfáticamente catalogada de “farsa”, aquí, sin ser particularmente reivindicada, adquiría el status de forma legítima de lucha. En tercer lugar, porque se proponía no ya al ejército revolucionario sino a un “frente antiimperialista”, expresión de acuerdos políticos “por arriba” y la movilización de masas “por abajo”, como fuerza dirigente del proceso revolucionario en curso. Las armas cumplían ahora –sin dejar de advertirse su hasta entonces rol de dinamizador de conciencia– la función de reaseguro de un poder revolucionario ya conquistado.

¿Preeminencia de lo militar sobre lo político? No resulta tan sencillo afirmarlo; no al menos si prestamos atención a ciertos elementos que, sin duda, le otorgan el tono general al documento. Veinte días más tarde, ante la convocatoria del gobierno de Isabel Perón a una reunión multisectorial, el PRT-ERP hizo una propuesta pública de armisticio. El objetivo de esa propuesta era doble:

“1. Convertirla en una consigna permanente de lucha por la legalidad.

2. Demostrar a los sectores intermedios, principalmente a los políticos honestos, la flexibilidad y racionalidad de nuestra política como una forma más de establecer vínculos y sentar bases para un futuro accionar unitario”<sup>32</sup>.

32 “Propuesta de armisticio”, *El Combatiente* N° 138, 9 de octubre de 1974.

Ahora bien, si resulta difícil afirmar a partir de estos documentos una preeminencia de lo militar por sobre lo político, tan o más difícil resulta encontrar en esta proclamada “flexibilidad” la preeminencia inversa. Más bien lo que pareciera advertirse es una lógica de *expansión*, tanto en el plano militar como en el de las estrategias políticas. Debe insistirse en que es precisamente en los meses de agosto, septiembre y octubre de 1974 en que se registran dos ataques a guarniciones militares, la declaración de una represalia indiscriminada contra los oficiales del Ejército en respuesta al asesinato de un grupo de combatientes del ERP en Catamarca, y una resolución de establecimiento de “grados y reglamentos” en el ERP con vistas a regularizar sus fuerzas<sup>33</sup> (sin mencionar la actuación desde unos meses antes de la Compañía de Monte en Tucumán). ¿Cuál era, entonces, la “racionalidad” perretista que descansaba debajo de una estrategia que conjugaba armisticios y represalias indiscriminadas, la “lucha por la legalidad” con la regularización de sus fuerzas militares, el “aprovechamiento” de la democracia parlamentaria con los ataques a cuarteles?

La persistente movilización popular, la incapacidad de la burguesía para dar respuesta a la crisis estructural que atravesaba el capitalismo argentino y la inoperancia del gobierno de Isabel Perón determinaban, para el PRT-ERP, una situación revolucionaria, antesala

del “estallido final”. En ese contexto, aquello que quedaba configurado era el “doble poder”, es decir, la disputa a la burguesía de órganos y funciones de gobierno, ya sea ésta en sentido extra-territorial o a partir del establecimiento de “zonas liberadas”. Esta disputa por el poder exigía el más amplio acuerdo de fuerzas políticas y sociales (un Frente Antiimperialista). Pero aunque sustentado por la movilización de masas “por abajo” y los acuerdos políticos “por arriba”, el poder popular no podía subsistir “sin una fuerza material que lo respalde”. Y la intensificación de la represión legal e ilegal estaba allí para demostrarlo.

En efecto, motivadas quizás por el mismo diagnóstico —una situación revolucionaria— empresas, Fuerzas Armadas, bandas paramilitares y grupos de choque de la burocracia sindical se cobraban con sangre el desafío popular. Y si ni la movilización de masas ni las propuestas de armisticios lograban detener el avance represivo, el ERP, en su auto-proclamado rol de defensor del pueblo no solamente “no dejaría de combatir”, sino que, más aún, ante la “agudización de las contradicciones” y la puesta en marcha de la “cruzada contrarrevolucionaria”, se prepararía para la batalla final de esa guerra revolucionaria finalmente no tan prolongada. Y lo hará, una vez más, apelando a “todas las formas de lucha”. Como profesaban las enseñanzas revolucionarias, había que golpear al enemigo en “todos los terrenos a la vez”.

---

33 “Grados y reglamentos en el ERP”, *Estrella Roja* N° 42, 21 de octubre de 1974.

## 2c. LA ACCIÓN ARMADA COMO ACELERADORA DE LA CONFRONTACIÓN FINAL

El 5 de febrero de 1975 Isabel Perón firmó el decreto que daba comienzo al “Operativo Independencia” en la provincia de Tucumán. Este decreto ordenaba al Ejército ejecutar las acciones militares necesarias a fin de “aniquilar el accionar de elementos subversivos” en la provincia. Cuatro días más tarde, comenzaron las operaciones. En respuesta, el PRT-ERP declaraba:

“nuestra organización y demás organizaciones progresistas y revolucionarias sabrán responder local y nacionalmente **con la acción militar y la propaganda de masas**, al ilusorio proyecto de la oficialidad asesina (...) Es el momento en que el proceso de guerra revolucionaria, de **combinación de lucha, armada y no armada, pacífica y violenta, legal o ilegal, política y reivindicativa**, etc. etc., se extenderá nacionalmente, prenderá en las más amplias masas y adquirirá un vigor hasta hoy desconocido”<sup>34</sup>.

Desde entonces y hasta su derrota definitiva, la organización redoblaría sus esfuerzos por alcanzar la “democratización” del escenario político nacional. Ese intento, al calor de la movilización popular que alcanzaría su punto culminante en las jornadas de junio-julio de 1975, incluyó una nueva propuesta de tregua y la consigna de Asamblea Constituyente. Paralelamente, aquellos sentidos que el PRT-ERP le había otorgado a la acción armada desde su propio surgimiento (creadora de conciencia, defensora del poder popular) concurrían aho-

ra a la escena de la confrontación final entre las fuerzas reaccionarias y las de la revolución. Que de esa confrontación se trataba, no había duda alguna. Las movilizaciones de junio-julio no sólo daban cuenta del “estado de ánimo de las masas”; más importante aún hacían tambalear a un ya impotente gobierno, forzando la renuncia de varios de sus funcionarios y provocando el abandono de su único y último aliado: la Confederación General del Trabajo. Y si las contradicciones de clase se agudizaban, eso se debía, a ojos partidarios, al desarrollo alcanzado por la lucha armada. En junio de ese año, *El Combatiente* diagnosticaba:

“el movimiento de masas ha tomado un giro claramente político-revolucionario; **el desarrollo impetuoso de la lucha armada ha llevado al rojo vivo las contradicciones**, a tal punto que ningún sector, y mucho menos la camarilla gobernante, tiene hoy un plan coherente para el país”<sup>35</sup>.

Si la lucha armada había “llevado al rojo vivo las contradicciones” (legado guevarista) y el movimiento de masas había dado un “giro político-revolucionario”, las fuerzas guerrilleras deberían prepararse, entonces, para defender al pueblo del ataque que, en defensa de sus intereses, llevaría adelante el enemigo. En julio, el órgano de difusión del ERP lo advertía claramente:

“cuanto más aguda es la lucha de clases en la Argentina, más imperiosa es la necesidad de incorporar nuevos y nuevos contingentes de obreros, estudiantes, campesinos, hombres y mu-

34 *El Combatiente* N° 155, 17 de febrero de 1975. El subrayado es mío.

35 *El Combatiente* N° 171, 11 de junio de 1975. El subrayado es mío.

jeros patriotas a las filas del Ejército Guerrillero. El enemigo, acorralado por las fuerzas de las masas, recurrirá inevitablemente al uso contra ellas de su Ejército, de sus fuerzas represivas, intentando defender a sangre y fuego sus privilegios y sus riquezas. Sólo un poderosísimo Ejército Popular, de características regulares, logrará la derrota definitiva de las fuerzas enemigas”<sup>36</sup>.

La preparación del ejército guerrillero no implicaba necesariamente la reducción de los esfuerzos partidarios al plano militar. Las distintas fuerzas políticas del país se avocaban a la búsqueda de una salida negociada ante el descabro acelerado del gobierno. El PRT-ERP intentaba establecer alianzas con las distintas organizaciones revolucionarias y “progresistas” en pos de una “democratización” de la escena política. Manuel Gaggero cuenta que:

“Desde fines de 1974 mi tarea era las relaciones con los dirigentes de los partidos *democráticos*, para decirlo de alguna manera: con Alende, con Sueldo, con Alfonsín. Y además de verlos a ellos, ver a otros: Tosco, el negro Amaya, Solari Yrigoyen. O sea, conversar con todos los políticos que podían estar de acuerdo o que podíamos coincidir en una evaluación de la situación. ¿Nosotros cómo evaluábamos la situación en ese momento? Bueno, había un incremento de la represión, la aparición de la Triple A, una confrontación dura con el gobierno... pero pensábamos que, a su vez, tras de esto había un golpe militar; no teníamos mucho dato todavía pero teníamos claro que se venía una situación de golpe. Entonces lo que teníamos que hacer era ir generando

las condiciones para una amplio frente democrático antigolpista”<sup>37</sup>.

Paralelamente, la organización levantaba la consigna de una salida institucional a través de una Asamblea General Constituyente.

“La clase obrera levantará su propuesta consecuentemente democrática de Asamblea Constituyente absolutamente libre y soberana, con la que propugnará la más amplia participación obrera y popular en la deliberación sobre los destinos del país, consciente de que la más amplia y genuina movilización democrática de las masas populares es parte inseparable de la lucha política y armada, de la guerra revolucionaria”

Más abajo, exultante de optimismo, señalaba:

“la situación es de una riqueza extraordinaria. En todo el país gruesos destacamentos de combatientes populares acuden decididos a las primeras líneas de fuego, incorporándose a las organizaciones revolucionarias; miles y decenas de miles de trabajadores salen decididamente a la calle (...) abriéndose a las ideas revolucionarias (...). El camino hacia la revolución socialista se ensancha e ilumina bajo el impulso de la multitudinaria usina de las masas. Nuestro Partido y nuestro Ejército Guerrillero rebosantes de ardor y combatividad, pondrán todo de sí para canalizar con efectividad el inmenso potencial revolucionario de las masas”<sup>38</sup>.

Y como demostración de su determinación de poner “todo de sí” para lograr la democratización, a comienzos de agosto de ese año, el PRT-ERP pro-

36 *Estrella Roja* N° 56, 9 de julio de 1975.

37 Manuel Gaggero, testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 17 de noviembre de 2003.

38 “Ante las posibilidades democráticas, forjar y fortalecer la unidad”, *El Combatiente* N° 174, 21 de julio de 1975.

puso una tregua. Sin embargo, sus propios vaticinios acerca de la conducta del enemigo (defenderá “a sangre y fuego” sus intereses) no hacían más que confirmarse. Y en consecuencia, aquel “todo de sí” exigía una respuesta también en el plano militar, después de todo, las armas debían estar al servicio de la defensa del pueblo y su vanguardia. Pocos días después del ofrecimiento de tregua, en una conferencia de prensa que tuvo lugar el 12 de agosto, Benito Urteaga, miembro de la dirección partidaria, leyó una resolución sobre una nueva represalia indiscriminada contra las fuerzas represivas. Y, para desconcierto de los periodistas presentes, el dirigente perretista insistió en que entre el ofrecimiento de tregua y la resolución de represalia no había contradicción alguna, que “esta resolución (...) de ninguna manera anula la resolución anterior sobre ofrecimiento de tregua”<sup>39</sup>.

Un mes más tarde, en un boletín interno la organización se preguntaba “por qué no se ha concretado la democratización”. Allí, reconocía que: “el Partido supo incidir lo suficiente en las masas como para influir en su estado de ánimo y en la lucha (...). Hubo fallas en el accionar, en los métodos conspirativos, en la preparación militar”<sup>40</sup>.

El “reflujo de masas” no se había podido prever. Pero sí fue advertido muy poco tiempo después. Las fallas habían estado en la incapacidad de la organización para incidir en el estado de ánimo de las masas y en una preparación militar ineficaz. Y es entonces cuando, en pleno “reflujo”, el legado guevarista y el fantasma del “espontaneísmo morenista” vinieron a recordarle a la organización su rol de vanguardia armada. Así fundamenta Daniel la decisión perretistas de continuar el accionar militar:

“se visualizaba esa situación de un reflujo... pero un reflujo puede ser que después se sale del reflujo... No necesariamente es una cuestión que va a estabilizarse. Entonces, dejar de llevar adelante la lucha armada y la táctica ofensiva por un circunstancial reflujo era volver a la concepción morenista del año 68: ‘hay reflujo, quedamos a la espera del auge’. O sea que la vanguardia, el Partido, no juegan ningún papel, todo lo resuelven las masas. Bueno, eso era una posición espontaneísta, reformista. No era la posición del PRT”<sup>41</sup>.

En diciembre de 1975 el PRT-ERP emprendió la acción militar de mayor envergadura hasta el momento: el ataque al cuartel de Monte Chingolo. Demostraría así la vulnerabilidad del enemigo, obligándolo en consecuencia a retroceder y potenciando, en contrapartida, la movilización popular. Si el ata-

39 *Estrella Roja* N° 59, 27 de agosto de 1975, Colección Documento Histórico N° 7-Infobae.

40 Boletín Interno N° 87, 25 de septiembre de 1975 “Situación Nacional. Por qué no se ha concretado la democratización”

41 Daniel De Santis, **testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta**, La Plata, 14 de julio de 2008. Resulta interesante mencionar, a propósito del comentario de Daniel, una reflexión de Hanna Arendt respecto del lugar del “retroceso” en el pensamiento hegeliano y marxista: “La idea de Marx, tomada de Hegel, según la cual cada sociedad antigua alberga en su seno las semillas de sus sucesores (...) es, desde luego, no sólo la más ingeniosa sino también la única garantía conceptual posible para la sempiterna continuidad del progreso en la Historia; y como se supone que el movimiento del progreso surge de los choques entre fuerzas antagónicas, es posible interpretar cada ‘regreso’ como un retroceso necesario pero temporal”, en Arendt, *op. cit.*, 133-134).

que no lograba detener el avance golpista, las armas allí “recuperadas” servirían para respaldar la resistencia del pueblo a la nueva dictadura. El resultado de la acción es por todos conocido: a causa de una infiltración el ataque fracasó dejando alrededor de 80 guerrilleros muertos y desaparecidos. Un par de semanas más tarde, *Estrella Roja* concluía:

“el ejemplo de moral que recibimos y el apoyo masivo de la población hizo que nuestra confianza en el triunfo de la revolución y la decisión de seguir adelante fueran más fuertes que nunca. Compañeros: ésta no fue una derrota, los Héroes de Monte Chingolo vencieron y vencerán porque junto a todos los caídos son el alma de la Revolución”<sup>42</sup>.

Los esfuerzos guerrilleros no parecían torcer los planes golpistas. El PRT-ERP lo sabía: sus propios informes de inteligencia advertían “que no más allá de febrero o marzo los militares se alzaban, que ya había un acuerdo de las cúpulas de las tres armas y que había la decisión de llevar adelante este golpe”<sup>43</sup>. Esta información estaba acompañada por la sospecha, nada ingenua por cierto, de que este golpe sería distinto a los demás en su ferocidad represiva. De ahí, que la prensa partidaria de fines de febrero, advirtiendo que una de las primeras acciones que se llevarían adelante una vez consumado el golpe sería un gran operativo contra los activistas de fábricas y gremios, exhortara: “es el momento de cerrar filas, preservar a los acti-

vistas y dirigentes combativos, trasladar a la clandestinidad esas direcciones...”<sup>44</sup>.

Finalmente, el 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas derrocaron el gobierno de Isabel Perón. En la editorial de la prensa partidaria, al tiempo que alentaba “¡ARGENTINOS A LAS ARMAS!”, Santucho anunciaba el inicio de una etapa de “guerra civil generalizada” cuyo desenlace —la derrota de la dictadura— situaría al pueblo argentino “a las puertas del socialismo”. Para ello era necesario no sólo consolidar las “fuerzas políticas y militares” sino también “movilizar a las más amplias masas por todo tipo de reivindicaciones”<sup>45</sup>.

Si la movilización de masas se hallaba en pleno retroceso desde hacía varios meses, la ferocidad desatada de la represión, principalmente sobre el movimiento obrero organizado, no sólo profundizaba aquel repliegue sino que volvía francamente imposible las voluntades partidarias. El PRT-ERP no tardaría mucho en advertirlo, pero no por eso daría un paso atrás: si de “todas las formas de lucha” las legales quedaban definitivamente obturadas, allí estaban las armas para mantener vivo el fuego de la resistencia popular. En efecto, a menos de un mes de consumado el golpe, la organización anunciaba:

“la nueva etapa de nuestra lucha que se abrió con el golpe militar de Videla se caracteriza por la reducción al mínimo de las posibilidades legales y

42 *Estrella Roja* N° 68, 19 de enero de 1976.

43 Manuel Gaggero, *testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta*, Buenos Aires, 17 de noviembre de 2003.

44 *El Combatiente* N° 205 25 de febrero de 1976.

45 *El Combatiente* N° 219, 31 de marzo de 1976.

por lo tanto traslada el grueso de la lucha popular al terreno clandestino y violento<sup>46</sup>.

No pasaría mucho tiempo para que el PRT-ERP se viera obligado a reconocer, como dato indiscutible, la profundización del “reflujo” de masas. Tal reconocimiento no podía menos que implicar una revisión de la línea partidaria. A comienzos de junio la organización admitía:

“cuando poco antes y después del 24 de marzo analizamos las perspectivas del golpe militar cometimos un error de cálculo al no señalar que el peso de la represión afectaría en un primer momento a la lucha popular, dificultando la movilización de masas y el accionar guerrillero (...) nos faltó taxativamente un período determinado de reflujo, error que desde ahora corregimos<sup>47</sup>.”

No lo hicieron: en el mismo documento se dejaba bien en claro la continuidad de la lucha armada. No habría “período de reflujo” para las armas revolucionarias. Quizás, como afirma Mattini, porque “era realmente difícil invertir la marcha de una máquina militante como el PRT<sup>48</sup>”. Pero más probablemente porque la subjetividad partidaria no había dejado de descansar sobre la certeza incontestable —heredada del guevarismo— de que la acción armada alimenta la conciencia revolucionaria, que la heroicidad del guerrillero se con-

vierte en ejemplo y el ejemplo en semilla que germina aquí y allá abonando el camino hacia la revolución.

Fragmentos más abajo de aquel documento que postulaba “corregir” el error partidario el PRT-ERP pronosticaba:

“el accionar guerrillero mantendrá viva la llama de la resistencia popular (...) las operaciones de propaganda armada y aniquilamiento realizadas por las unidades guerrilleras jaquearán constantemente a la Dictadura Militar (...) Mientras más prenda el ejemplo guerrillero, más poderosa y decidida será la posterior movilización obrero-popular. **Por ello es que en el presente período, la lucha armada ocupa el centro de la lucha política, es y será el eje de la política nacional**<sup>49</sup>.”

## CONCLUSIONES

Porque con las armas se despierta la conciencia, porque con las armas se defiende el poder popular, porque con las armas se enfrenta al enemigo y porque con las armas se erige la resistencia, lo cierto es que en la *guerra revolucionaria* “la política se hace en lo fundamental armada” (1970); por eso “el ERP no dejará de combatir” (1973), por eso, la lucha armada “es y será el eje de la política nacional” (1976). ¿Proceso de militarización?

46 *El Combatiente* N° 213, 14 de abril de 1976.

47 *El Combatiente* N° 220, 9 de junio de 1976.

48 El 19 de julio de 1976 Mario R Santucho, junto a otros miembros de la dirección del PRT-ERP, fue abatido en un enfrentamiento en el departamento en el que se encontraba. Tras su muerte, la organización concentró sus dudas en los problemas de seguridad. Luis Mattini, quien había sido designado para cubrir el puesto de Secretario General del PRT, recuerda que se intentó aplicar “el repliegue hacia las masas pero era realmente difícil invertir la marcha de una máquina militante como el PRT”; y advierte, paralelamente que el objetivo primordial seguía siendo “el entrenamiento de oficiales combatientes”. Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada* (Buenos Aires: Ed. de la Campana, 1996), 480.

49 *El Combatiente* N° 220, 9 de junio de 1976.

El PRT-ERP fue una organización que apeló a la lucha armada como parte de su estrategia para la toma de poder. Y lo hizo a partir de una caracterización del proceso revolucionario como guerra. Y en esa guerra, en tanto el enemigo era inmensamente más poderoso, sólo la construcción de un ejército que fuera de lo “pequeño a lo grande”, templándose en “mil batallas”, tanto en el campo como en la ciudad, podía garantizar el triunfo popular. El emprendimiento de acciones militares de envergadura creciente, la regularización de fuerzas, la apertura de un frente rural, no fueron determinaciones que “desviaron” a la organización de lineamientos teóricos que postulaban un rumbo distinto. Fueron, en todo caso, las posibilidades de concreción de las enseñanzas de los teóricos de la guerra revolucionaria que la organización abrazó en 1968. La lectura de las distintas coyunturas políticas y la inapelable promesa guevarista traerían consigo la oportunidad.

## BIBLIOGRAFÍA

### Libros:

Arendt, Hannah. *Crisis de la República*. España, Editorial Taurus, 1999.

Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Buenos Aires, Norma, 2005

Santis, Daniel De. (comp.): *A vencer o morir*. PRT-ERP Documentos, Tomo I, Buenos Aires, Ed. Nuestra América, 2004.

Lenin. “Marxismo e insurrección, 1917”, En [www.marxists.org](http://www.marxists.org), Marxists Internet Archive, diciembre de 2008

Lenin. “La guerra de guerrillas, 1906”, En [www.marxists.org](http://www.marxists.org), Marxists Internet Archive, diciembre de 2008

Mattini, Luis. *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*. Buenos Aires Ed. De la Campana, 1996.

Seoane, María. *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1991.

Nguyen Giap, Vo. *Vietnam liberado. Guerra del pueblo – Ejército del pueblo*. Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1971.

Pozzi, Pablo. *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista*. Buenos Aires, EUDEBA, 2001.

### Periodicos:

*La Tribuna del Rosario*. 20 de septiembre de 1970.

### Revistas:

*El Combatiente* N° 67, 28 de febrero de 1972.

*El Combatiente* N° 138, 9 de octubre de 1974.

*El Combatiente* N° 155, 17 de febrero de 1975

*El Combatiente* N° 171, 11 de junio de 1975



*El Combatiente* N° 174, 21 de julio de 1975.

*El Combatiente* N° 205, 25 de febrero de 1976.

*El Combatiente* N° 213, 14 de abril de 1976.

*El Combatiente* N° 219, 31 de marzo de 1976.

*El Combatiente* N° 220, 9 de junio de 1976.

*Estrella Roja* N° 42, 21 de octubre de 1974.

*Estrella Roja* N° 56, 9 de julio de 1975.

*Estrella Roja* N° 59, 27 de agosto de 1975. Colección de Documentos Históricos N° 7-Infobae

*Estrella Roja* N° 68, 19 de enero de 1976.

### **Documentos:**

Por qué el ERP no dejará de combatir. Respuesta al Presidente Cámpora, 13 de abril de 1973.

Boletín Interno N° 87, 25 de septiembre de 1975. "Situación Nacional. Por qué no se ha concretado la democratización"

### **Entrevistas:**

Santis, Daniel De. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta, La Plata, 14 de julio de 2008.

Gaggero, Manuel. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 17 de noviembre de 2003.

